

## XXIX

Furiosos con esta supuesta sustitucion, los rebeldes piden por la vez primera á grandes voces, la deposicion de Achmet III. Isperezadé tiene la osadía de decirle cara á cara que el ejército no lo quiere ya como su padischah. El sultan no trata desde entónces de salvar el trono, sino de salvar su vida y la de sus hijos. Isperezadé y Sulali, sus señores mas que sus ministros, van á regatear al *Mercado de las Viandas* las condiciones de su caída. Al cabo de tres horas vuelven á decir á Achmet que los rebeldes han jurado sobre el Coran perdonar su vida y la de su familia, con condicion de que deje el trono á su sobrino Mahmud, hijo de Mustafá II. Sacado este príncipe de su prision fué presentado á su tío, que le besó primero la frente como sultan, y luego la mano como vasallo.

## XXX

Así acabó despues de veintisiete años de reinado la vida política de Achmet III, que habia sido el genio

de la paz para un reino abrumado por las guerras. Ningun soberano habia comprendido mejor á su pueblo, ningun pueblo comprendió ménos á su soberano. El resentimiento de la paz en sus súbditos, juntamente ansiosos é incapaces de guerra, fué la causa verdadera de su caída. Su virtud lo hizo bajar del trono. Ibrahim expió por una causa mas justa el único crimen político que la historia pueda reprocharle, el de la division inícua de la Persia con la Rusia, preludeo y modelo del reparto de la Polonia.

## XXXI

Pero Mahmud I no reinaba en tanto que Patrona-Khalil, el jefe de la rebellion, acampaba en el *Mercado de las Viandas*, rodeado de genizaros y de paisanaje. El disímulo, vicio de los esclavos, era la necesidad de los sultanes esclavos de la sedicion. Mahmud habia sido ejercitado en ella desde su infancia. Fingió entregarse abiertamente en manos del mas popular de los sediciosos.

Khalil, llamado al serrallo, se presentó ante su nuevo señor. La audacia y la inteligencia brillaban

en sus facciones. Joven, vivo, de actitud marcial, hermoso de rostro, los labios sombreados por un bigote negro, las piernas nerviosas y desnudas, vestido con el tosco caftan de los genízaros, elocuente, con mirada imperiosa, ya no era fácil descubrir en aquel albanés al ropavejero que vendía sus harapos pocos días ántes por las calles de Constantinopla. Había adaptado su espíritu al papel de vengador del pueblo con la misma facilidad con que había empuñado el sable del rebelde. No había hombre mejor cortado para personificar una sedición militar.

« ¿Qué quieres en cambio del trono que me has dado? » le preguntó Mahmud con aparente deferencia.

« — Sublime emperador, » respondió el caudillo de los rebeldes, « mis votos están cumplidos, los enemigos del imperio han sido castigados, y tu Alteza se halla sentada en el trono de sus mayores. No he concebido el proyecto de colocarte en él, sin saber que *los que hacen sultanes, no mueren jamás en sus lechos.* »

« Tranquilízate, » repuso el soberano, « yo te juro por las almas de mis padres, que lejos de querer atentar á tu vida, mi designio es recompensarte. »

« — Si tal es la intencion de tu Alteza, » dijo Patrona, « dame una prueba relevante de ella, abo-

« liendo al punto el *malikiané*, que ha sido causa de la muerte del visir Ibrahim, y de la deposicion de tu hermano Achmet. »

« — Serás satisfecho, » le dijo Mahmud; y al momento dió la orden para suprimir la contribucion impopular.

Este desinterés aparente del jefe de los rebeldes afirmó por algunos dias su ascendiente sobre las tropas. Conservólo á expensas del tesoro, dando profusamente á los revoltosos grados y gratificaciones. Habiéndose arriesgado el kiaya de los genízaros á hacerle una observacion acerca de la próxima penuria del tesoro, si no ponía límites á las exigencias y prodigalidades, Khalil, absoluto como un rebelde, y cruel como un advenedizo, le cortó la cabeza por toda respuesta. Desde aquel dia reinó bajo el nombre de Mahmud I y de sus ministros. Condujo á caballo al sultan á la mezquita de Aiub para ceñirse allí el sable de Othman, él solo era armado en medio de los soldados inermes, arrojando á manos llenas zequíes de oro á la multitud.

Viendo entre el tumulto á un antiguo carnicero griego, llamado Jannachi, que le habia vendido en otro tiempo carne al fiado: « Jannachi, » le dijo riéndose, « ¿estás decidido á no vivir mas que yo? » El griego le contestó con mil protestas de abnegacion,

y Patrona le replicó: «Pues bien, ¿qué puedo hacer por tí? No tienes mas que hablar.»

El carnicero le pidió que lo hiciera príncipe de Moldavia. Gregorio Ghika, hospodar á la sazón y hermano del dragoman de la Puerta, estaba muy bien quisto en la córte otomana. El gran visir negó á Jannachi el trono que fué á pedir con recomendacion de Patrona.

«No hay queja alguna del hospodar,» decia, «y su ilustre nombre contrasta con la vil profesion del que queria sustituirlo.» «¿Qué me importa,» dijo Patrona impudentemente, «no es Gregorio Ghika giaur? Jannachi lo es tambien; pero es mi amigo, quiero que sea preferido.» Encargó pues á Muslí que acompañara á su griego á la audiencia del visir, y el carnicero Jannachi salió de ella hecho hospodar de Moldavia.

Es increíble hasta donde llevaban su osadía los tres caudillos. Patrona, Muslí y Alí, armados siempre, así como sus cómplices, con menosprecio de la prohibicion del sultan y del gran visir, entraban en el divan, arrastrando largos sables, y á la vista de este primer ministro, mudo ante ellos, este triunvirato tabernario distribuia los empleos y decidia las reclamaciones.

## XXXII

Tales excesos, agradables por el momento á la multitud, como pruebas de su omnipotencia, se convierten pronto en odiosos como escándalos que deshonran en sus favoritos á su propia imágen. Los soldados, volviendo á sus cuarteles á la voz de sus jefes, no dejaban á Khalil mas que una banda indisciplinada de algunos miles de rebeldes, deshecho del ejército y del populacho. Muerto en una riña un genizaro por uno de los partidarios de Khalil, los cuarteles se agitaron y las tropas se reunieron en el Almeidan para vengar á su camarada. Khalil tuvo la audacia de presentarse en aquella asamblea y desafiar á los genizaros en nombre de doce mil albaneses, compatriotas suyos, dispuestos, segun decia, á sacrificarse por su causa.

«Aun cuando hicieses venir á Constantinopla á todos los bandidos de la Albania, tus iguales, los afrontariamos,» le respondió un grito unánime. Bajó de tono como quien no cuenta con mas apoyo que el de su

insolencia, y busca en la delacion un resto de la popularidad que se le escapa.

« No te mezcles mas en los negocios de Estado, » le dijeron sus antiguos camaradas de revueltas, « que no siga hablando tu seide Muslí como ministro del imperio; que no se presente todos los dias á la puerta del divan con el aparato y la insolencia de un kiaya. ¿ Crees tú que el sultan y su gran visir necesiten de vuestras luces para gobernarse? »

« ¡ Pero si yo dejo un momento de velar por el sultan y su consejo, » dijo Patrona con moderacion, « vosotros vereis muy pronto ministros tan odiosos como los que hemos castigado: mi único fin es la felicidad pública! »

Mil gritos de indignacion resonaron en seguida.

« No puede depender de un hombre como tú la salud del imperio, » le dijeron los genizaros. Nuestro sublime emperador se muestra bastante justo y sabio para que dejes á su cuidado la felicidad de sus súbditos. No consentiremos por mas tiempo que un hombre como tú dicte leyes á su Alteza, y pretenda ser admitido á compartir con él la autoridad soberana. Te concedemos tres dias para licenciar á los bandidos que pagas; pasado este término, no, los exterminaremos en donde quiera que los veamos. »

## XXXIII

Humillado, pero tenáz en su orgullo y en su ambicion de jefe de partido, Khalil procuró adquirir por la corrupcion, lo que no habia podido obtener con amenazas. Logró comprar á fuerza de oro y de promesas prodigadas á los genizaros, el nombramiento de Muslí, su principal cómplice, para el puesto de kiaya ó de primer teniente general de esta milicia. Para él mismo, se reservaba el puesto de capitán-bajá. Djanum-Bajá, fiel é intrépido marino, á quien le estaba destinado este puesto por el gran visir, que se hallaba á la sazón en Chio, fué llamado secretamente á la corte. Se puso de acuerdo con el gran visir, el khan de los tártaros y un pequeño número de hombres resueltos del serrallo, para librar el imperio del triunvirato que pretendia reinar apoyado en les cuarteles y los cafés de la capital.

Los triunviros Khalil, Muslí y Alí se creian inviolables por su no extinguida y armada popularidad: deferencias aparentes ocultaban el lazo que les tendia la venganza de Mahmud. Llamados inopinada-

mente al divan, so pretexto de necesitar de sus conocimientos, acudieron sin desconfianza, y dejaron en el primer patio del serrallo la escolta que formaba siempre su acompañamiento. El divan presidido por el gran visir en presencia del mismo sultan, era numeroso y respetable. Djanum-Bajá asistía como jefe segundo de la flota; un oficial superior de los genizaros, apellidado Pehliwan ó *el Luchador*, por lo grandioso de su estatura y el vigor de sus brazos, habia sido introducido secretamente en el serrallo para quitar la vida á los triunviros, y esperaba, oculto detrás de una cortina, la señal ó el pretexto de su aparicion en la sala para llevar á cabo su atentado.

El consejo se abrió por una deliberacion sobre la paz ó sobre la guerra. Patrona-Khalil insistió porque el divan declarase la guerra á los rusos como aliados de los persas, confundiendo así en su ignorancia, las dos naciones antipáticas á los musulmanes, pero que entónces estaban en guerra la una con la otra. Se fingió oír con respeto sus patrióticas divagaciones y aprobarlas. Ya se iba á retirar el orador con sus dos cómplices, cuando el gran visir, el viejo Mohammed-Bajá, hombre indicado á Mahmud como dispuesto á sacrificarle el resto de sus días, se levantó y anunció al jefe de los facciosos que el padischah, para recom-

pensarle sus servicios, le nombraba beglerbeg de Europa, y mandó al mismo tiempo á su servidumbre que le pusiera la pelliza de honor, signo de su investidura. A Muslí y Ali, miembros del triunvirato les dió dos de las mas elevadas dignidades del imperio. En la legislacion otomana, estos nombramientos eran probablemente necesarios para el suplicio de los culpables, porque dándoles un carácter político, podian ser sustraídos á los tribunales ordinarios y juzgados por la arbitraria razon de Estado.

« Yo no quiero un empleo que me destierre de la capital, » respondió con insolencia Patrona-Khalil, « yo no aceptaré mas cargo que el de comandante general de los genizaros, quienes me han nombrado su jefe para llevar á cabo la revolucion. » Este insulto al sultan y este desafío al gran visir produjeron un murmullo de indignacion en el divan.

El Pehliwan, escondido en el gabinete de las *Porcelanas*, no se pudo contener por mas tiempo, y lanzándose en la sala con el sable en la mano: « ¿Quién es, » dijo á Khalil, « el miserable que se cree bastante audaz para querer ser jefe de los genizaros? » Despues, provocando lealmente á Khalil para que se defendiese y herirlo como un caballero y no como un asesino, cruzó el acero con el de su contrario, y metiéndole el sable hasta el puño en el pecho, lo tendió

á los piés del sultan, exclamando: « ¡Así perezcan todos los enemigos del sultan y del imperio! »

Muslí y Alí que procuraron defender á su jefe, cayeron tambien heridos por el puñal de Djanum el marino. Los tres cadáveres fueron entregados á los bostandjis para arrojarlos á la mar por la ventana del kiosko de los cañones.

## XXXIV

Ningun rumor reveló fuera esta tragedia del divan. Al contrario, corrió por las córtes la noticia de las altas dignidades á que Khalil y sus amigos habian sido promovidos. Introdujéronse uno á uno en el serallo, todos los oficiales y soldados de su escolta, con pretexto de darles su parte en las recompensas, honores y pellizas. Los verdugos, apostados detrás de la puerta, los extrangularon á todos, sin que traspirase la menor sospecha de tan atroz suceso.

Antes que se hubiese propagado en la capital la muerte de los triunviros, todos sus principales cómplices, designados de antemano á los tschauschs ha-

bian sido degollados y sus cuerpos flotaban sobre el mar de Mármara, á la sombra de las Siete-Torres.

Así triunfó la revolucion y perecieron sus instrumentos. Así perecen justamente todos los que, despues de haber sido el brazo de una revolucion de palacio, de cuartel ó de partido, quieren perpetuar, en provecho de su popularidad y de su ambicion personal, un movimiento que algunas veces puede dimanar de la necesidad, pero que no puede ser jamás el estado permanente de las sociedades monárquicas ó republicanas. Faccioso capaz, político deplorable, Patrona-Khalil, especie de Massanielo de los turcos, habia previsto y merecido su suerte. Si haciéndose justicia, se hubiera perdido entre la muchedumbre, habria dejado el recuerdo de un campeon desinteresado del pueblo; pero con su conducta adquirió la fama de un trastornador soldadesco, que es la raza peor de todos los facciosos. Aspiró á subir mas de lo que podia; la audacia puede hacer un revolucionario, solo la educacion forma los hombres de Estado. Massanielo y Khalil perecieron el dia en que quisieron gobernar.

## XXXV

El viejo visir Mohammed, apto para el último servicio que acababa de prestar, pero incapáz de contener las sediciones envalentonadas con sus constantes triunfos, fué despedido con honor y nombrado gobernador de Alepo. Kabakulak-Bajá ó el bajá de *la oreja dura*, que habia combinado y urdido toda la tragedia del serrallo contra los triunviros, recibió el sello.

Era un asiático de Kara-Hissar, hijo de un paisano, antiguo criado de su compatriota el tercer Kiuperli, despues su kiaya, luego bajá de Bosnia, en fin bajá de Egipto, en donde habia vencido y subyugado á los indómitos mamelucos circasianos, genizaros del Nilo. Su brutal severidad no supo graduar bastante bien la transicion necesaria entre la escesiva licencia y la autoridad escesiva.

La destitucion y el suplicio del carnicero Jannachi, protegido de Khalil y hecho príncipe de Moldavia, sublevó contra el visir á los genizaros. Estos se acamparon de nuevo en la plaza del Mercado. El estandarte sagrado, desplegado esta vez por el sultan, agrupó á

los defensores del trono en derredor del gran visir. Los genizaros, atacados y vencidos en su campo, perecieron en seis meses uno á uno por sus ejecuciones nocturnas. El número de cadáveres que el Bósforo arrojaba todos los dias á sus costas concluyó por conmover al pueblo. Con el temor de convertir la piedad en sedicion, Mahmud I sacrificó al visir enviándolo de gobernador á Negroponto. Un hombre que ha dejado gran fama en la memoria del Oriente y de la Europa, Topal-Osman ú Othman *el Cojo*, fué llamado de Albania para gobernar el imperio.

## XXXVI

Osman *el Cojo*, nacido en Grecia, habia sido paje en el serrallo; nombrado en seguida guarda de los nogales y jardinero en jefe mas tarde, habia preferido los trabajos de la guerra á los ócios de los kioskos y de las fuentes. Las dos colas de bajá habian recompensado los servicios que prestó en la batalla de Paterwardein, donde habia buscado la muerte al lado del gran visir Alí, que quedó muerto en el campo. Enviado despues de la revolucion á Albania y á Bos-

nia para apagar las últimas chispas de la sedición militar, su prudencia y firmeza le habían recomendado á Mahmud; sus virtudes privadas y especialmente la mas dulce de todas, la gratitud, le valieron la estimacion de los franceses.

Hecho prisionero en el mar en su adolescencia por un corsario español, el capitán del buque en que iba herido y encadenado, entró para hacer víveres en el puerto de Malta. Un marinero marsellés, llamado Arnaud, que habia ido á bordo de este buque para dar la enhorabuena á su amigo el comandante, se sintió movido á compasion por el infortunio y la fisonomía del jóven musulmán, y le dió muestras de su interés dirigiéndole algunas palabras benévolas y dándole algun socorro. Topal-Osman, agradecido á estas muestras de generosidad, y estimulado por ellas, se atrevió á rogar al cristiano que lo comprara como esclavo. « No te arrepentirás de ello, » le dijo, « cualquiera que sea el precio que des por mí, yo te lo pagaré con usura. »

El marsellés creyó en la fisonomía y el acento del jóven cautivo. Lo rescató por seiscientos zequíes, lo llevó á Marsella, lo trató como á un miembro de su familia, le curó sus heridas y lo puso en libertad gratuitamente, enviándolo á Egipto bajo su palabra. Topal-Osman, cargó el buque que lo habia llevado á

Damieta con presentes de mucho precio, destinados á su libertador. Complaciase en enviar anualmente nuevos regalos al marsellés y su familia. Apenas fué nombrado gran visir volvió á acordarse de su protector y le invitó por medio del embajador de Francia á ir á Constantinopla y aceptar en su casa la hospitalidad de un hijo. « Sobre todo, dile, » añadió, recomendándole la prontitud al embajador, « dile que se dé prisa, porque un visir no envejece en su puesto. »

Arnaud llegó con sus hijos en un buque cargado de presentes para Topal-Osman. Estos presentes consistían, segun los anales anecdóticos de aquel tiempo, en naranjos de Provenza cubiertos de flores y hojas, en canarios de las islas de este nombre, y en doce esclavos musulmanes que el marsellés habia comprado á su paso por Malta para ofrecerselos al visir. Topal-Osman reunió en su palacio un gran acompañamiento de parientes y amigos para honrar á su huésped.

« Ya veis, » les dijo abrazando al anciano y enseñando con un gesto á los turcos libres, « ya veis á vuestros hermanos que gozan de libertad despues de haber gemido en la esclavitud; este francés es su libertador. Yo era esclavo como ellos, estaba cargado de cadenas y cubierto de heridas; él me



« compró, me cuidó, y me ha salvado. Libertad, vida, fortuna, todo se lo debo. Ha pagado mi rescate sin conocerme, me ha dado libertad bajo mi palabra confiándome su propio bajel. ¡ Qué musulman hubiese sido capaz de tanta generosidad! »

La tolerancia casi parcial de Topal-Osman para con los cristianos de distintas comuniones que cubrían el imperio, había escandalizado á los desconfiados ulemas, cuyo clero lleva el fanatismo de su fé en todos los cultos, á la opresion de creencias extranjeras, y esto obligó al virtuoso visir á ceder á los murmullos de la muchedumbre y á entregar el gobierno á Alí-Bajá, marchando él á mandar el ejército otomano amenazado bajo los muros de Bagdad por Nadir ó Thamas-Kulikhan, dictador de la Persia.

Continuemos la narracion de las hazañas y crímenes de Nadir.

### XXXVII

Tahmasp, su rey legítimo, restaurado por él segun se ha visto, en Ispahan, había comenzado por vencer á los turcos; pero muy luego, derrotado por ellos en

la segunda batalla, les había cedido por un tratado de paz todas las provincias de la monarquía del otro lado del Araxes. Nadir, sintiendo ó simulando una generosa indignacion contra una paz comprada con el desmembramiento de la patria, creyó ver en la humillacion de la Persia un pretexto patriótico para revelar su ambicion al trono.

« Semejante tratado, » escribió en una proclama á la Persia, « es un atentado contra la voluntad celeste porque los ángeles que guardan el sepulcro de nuestro profeta, el divino Alí, nos llaman altamente á libertar á sus prosélitos, cautivos en poder de los heréticos otomanos. No durará mucho esta paz con los turcos. Permaneced tranquilos hasta que yo venga á buscaros. Con la proteccion del Altísimo voy á ponerme á la cabeza de un ejército fuerte por sus primeros triunfos, habituado á los sitios, numeroso como las hormigas, valiente como los leones, y que reúne al vigor de la juventud la prudencia de la edad madura. Que el copero, » dijo aludiendo á una cancion popular, « prevenga á nuestro enemigo el adorador del fuego que se cubra la cabeza con el polvo de la tierra, porque el agua que él había sacado de su cauce ha vuelto á entrar en él. »

Estas invocaciones místicas al sentimiento pátrio

y á la fé de la antigua Persia conmovieron el fanatismo y el orgullo nacional. La opinion de Ispahan llegó á oídos de Nadir.

## XXXVIII

Se acercó, siempre lleno de dudas, á esta capital, humilde servidor, unas veces y otras protector insolente de Tahmasp. Por último, despues de haber tranquilizado suficientemente á este príncipe con protestas repetidas de fidelidad, le obligó, mas bien que le invitó, á asistir á un festin militar dado en su obsequio, fuera de las murallas. Tahmasp, arrestado pérfidamente con toda su córte en medio de la fiesta, fué montado en un caballo y conducido prisionero al Korasan con sus hijos y sus mujeres.

Vacilante todavía despues de este crimen ante el título sagrado de rey, que no se atrevia ni á recibir ni á tomar, guardó consigo en Ispahan al hijo menor de Tahmasp, de edad de ocho meses, llamado Abbas III. Aparentó pues contentarse con reinar en nombre de este niño con la autoridad absoluta de regente ó dictador de la Persia. Marchaba sobre Bag-

dad con un ejército numeroso, fanático y aguerrido, en el momento en que Topal-Osman, gran visir, elevado á la dignidad de generalísimo, avanzaba tambien para socorrer esta capital de los califas.

## XXXIX

Topal-Osman, cuyo genio militar innato en los albaneses era digno rival del famoso Nadir, alcanzó sobre los Persas, bajo los muros de Bagdad, la victoria mas sangrienta que hubo jamás ilustrado las armas de los turcos en Asia. No tuvo su brazo ménos parte en el triunfo que su golpe de vista. Miéntras que á la cabeza de su infantería soportaba sin ceder el choque de los ciento veinte mil caballos de Nadir, perdía tres caballos y era tres veces levantado del suelo, olvidando sus heridas para pelear sin descanso, una fuerza de caballería árabe de sus aliados del desierto, situada por el beglerbeg detrás de los montecillos de arena, cayó como el simun sobre el flanco izquierdo de Nadir y dispersaba su ejército cansado ya con ocho horas de fatiga.

Fugitivo Nadir, no pudo reponerse de su derrota

sino á cien millas del campo de batalla. Pero tan digno de mandar en los reveses como en los triunfos, recompensó como los romanos á sus soldados en vez de castigarlos. Condújolos de nuevo á la batalla, seguro de vencer con ellos. La que tuvo lugar en las llanuras de Bagdad justificó completamente su confianza. Topal-Osman, con las heridas aun abiertas, se vió obligado á hacerse llevar al combate en una litera; su voz, su gesto, su mirada, faltaban á sus tropas, que cedieron al ímpetu de los persas estimulados á la venganza por su primera derrota. En el momento de la dispersion, los servidores del beglerbeg, lo hicieron montar á caballo para que no cayera en poder de Nadir; mas alcanzado por los persas y reconocido por la riqueza de su vestido, cayó atravesado de un lanzazo por mano de un soldado que le cortó la cabeza y se la llevó á Nadir. El héroe persa respetó el valor y el infortunio del héroe otomano, y devolvió á los turcos la cabeza embalsamada de su general, para que se tributaran á Topal-Osman por manos amigas los honores de la sepultura.

Abdallah, bajá de Kars, amenazaba á la Persia, al Norte, con un segundo ejército, superior al que Nadir acababa de destrozar en Bagdad. Nadir le salió al encuentro sin perder tiempo en ocupar la capital de los kalifas y echó un puente sobre el Araxes.

« Los turcos, » dijo á su ejército, « son ocho contra uno, y este es un motivo mas para hacer héroicos esfuerzos. Yo he soñado la noche última, que un animal furioso habia penetrado en mi tienda, y que despues de una lucha muy obstinada habia logrado por fin matarlo. Con tal presagio, » exclamó, « el éxito es seguro, para los que combaten bajo la protección del brazo poderoso del que eleva á los débiles á la gloria, y abate á los mas orgullosos opresores. »

Si tales palabras eran propias para alentar á las tropas su ejemplo no era ménos eficaz que ellas. Despues de arreglado todo y de haber tomado las mas discretas disposiciones, se precipitó sobre el enemigo, á la cabeza de los mas valientes de los suyos, y á todas partes á donde acudió, los persas fueron invencibles. En una de estas cargas, Abdallah-Bajá murió á manos de un soldado que llevó su cabeza á Nadir. Hallábase el combate vigorosamente empeñado; Nadir mandó colocar su cabeza en una pica y que se plantara esta en un punto en que fuese muy vista por el enemigo.

Lo que habia previsto sucedió: la muerte de su general, desalentó á los otomanos, que huyeron dejando á Nadir dueño del territorio conquistado en Persia. La monarquía entera, desmembrada por la coa-

licion de los rusos y de los otomanos, logró restablecerse con estas dos victorias.

## XL

Antes de considerar el efecto que estos reveses habian producido en Constantinopla, abarquemos con una mirada todo el destino de Nadir-Schah. Reunida la nacion por su mandato en la inmensa y fértil llanura de Arbedil, capáz de contener y alimentar á una multitud tan numerosa como las hordas de Timur, fué invitada á elegir un rey digno del cetro y la espada.

« Todos los jefes de vuestras grandes tribus están en vuestra presencia, » dijo á los representantes de la Persia, « elegid libremente al mas digno entre vosotros de gobernaros; por mi parte, me conformo con haber libertado á mi país de los afghanes, de los turcos y de los rusos. »

Tres veces fué elegido rey y otras tantas, como César, fingió renunciar al trono. Al fin lo aceptó pero á condicion de que la Persia abjuraria el cisma de Ali, que segun decia, habia producido funestas conse-

cuencias al país y formaria bajo la direccion del iman Djafar al Sadik, una nueva secta, que se confundiria en una ortodoxia comun con los otomanos, sectarios de Omar, para fortificar la fé con la union.

Por medio de proclamas y embajadas dió noticia á la Puerta Otomana y á los soberanos mahometanos de la India de esta revolucion religiosa de la Persia que le atraia de antemano la simpatía de las poblaciones, cuya conquista meditaba. Los unos han atribuido esta conversion nacional, á la piedad de Nadir, los otros á su ambicion; estos dos móviles obraron á la vez. La religion, alma de los hombres del Oriente, se observa en todas las acciones aun en las criminales, en este país del entusiasmo y de la adoracion.

## XLI

Apénas fué coronado, tomó en sentido inverso el camino que en otro tiempo habia recorrido Timur, en direccion de las Indias. Cerca de Candahar construyó la ciudad de Nadirabad, ciudad de Nadir, á ejemplo de Alejandro que marcaba sus etapas con capitales. Mohammed-Schah, príncipe enmuellecido por